



NUBES DE ÓXIDO

Mikel Iturbe García

NUBES DE ÓXIDO



Primera edición: mayo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mikel Iturbe García

© Ilustración de portada: Marina Speer

ISBN: 978-84-19340-42-9

ISBN digital: 978-84-19340-43-6

Depósito legal: M-14849-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Belén, por sacar un rato para este libro en los momentos difíciles.
A izreko Esther, por leer y apoyar cada proyecto.*

Y a ama y aita, siempre.

Horizonte de Hielo

Tierra Conocida

Tasoa

Tierras Mojadas

Bajotierras

Terra

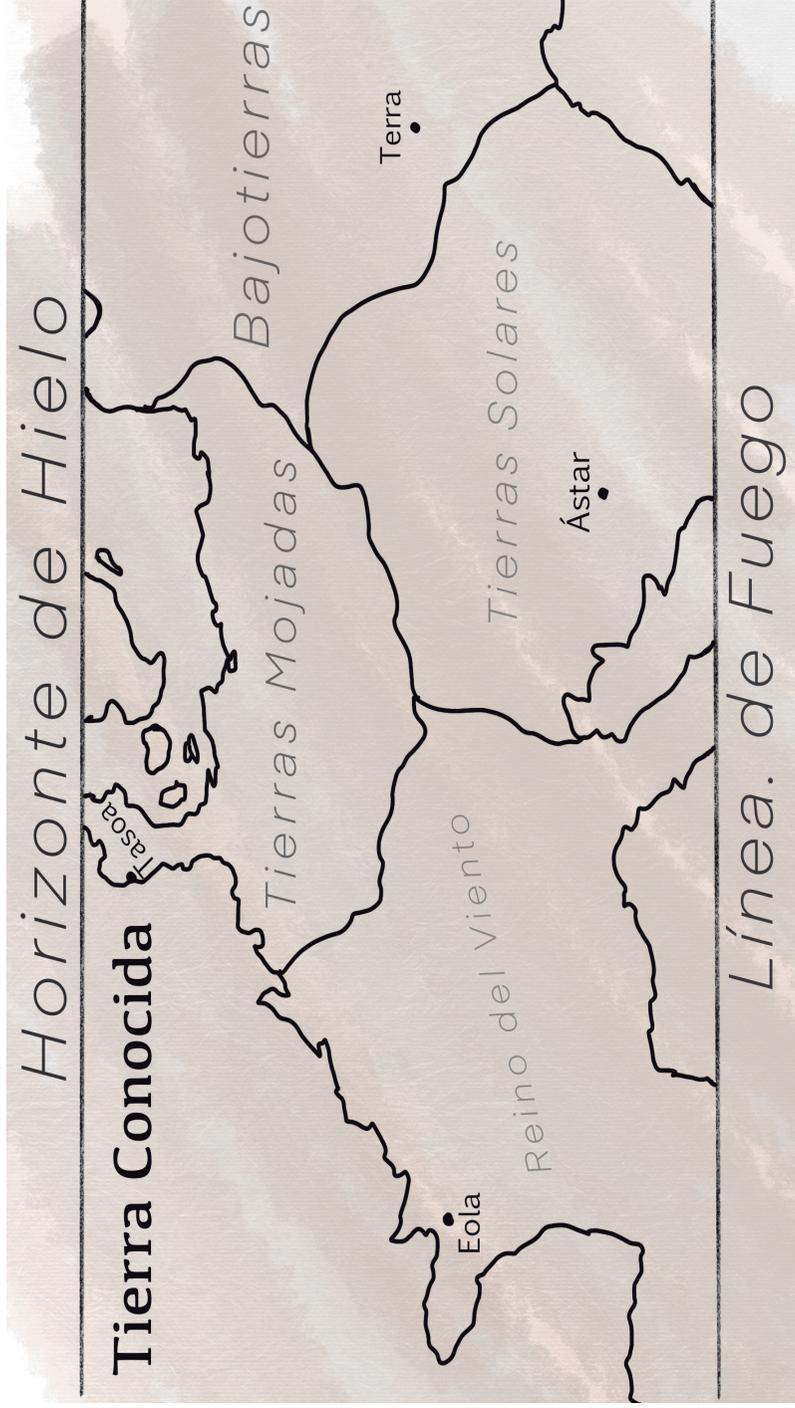
Reino del Viento

Eola

Tierras Solares

Ástar

Línea. de Fuego



Prólogo

Lena, medio dormida, escuchó el sonido de unos pasos que subían acelerados las escaleras de su casa. De forma amortiguada pudo oír también cómo la puerta de su cuarto se abría con prisa. Pero lo que la hizo despertar bruscamente fue la respiración entrecortada de su padre y las palabras que se agolpaban en su garganta, tratando de salir en tromba.

—Hija, tienes que despertarte ya, es importante —su voz estaba cargada de miedo—. Lena, escúchame, vienen a por mí... y quieren esto. Ya sabes lo que es. Cógelo y márchate.

Lena seguía ensimismada mirando a su padre, sin comprender qué estaba ocurriendo. Los pequeños ojos negros de Ferren parecían desesperados detrás de las gafas.

—¿A dónde tengo que marcharme? —preguntó, levantándose a toda prisa y comenzando a vestirse.

—Lejos, todo lo que puedas. Busca a Thorne Whalis: él sabrá qué hacer. Y debes llevarte esto contigo —insistió, agitando nervioso una pequeña unidad de memoria—. Necesito que esté a salvo de los Señores del Sol. Lo destruirían.

Lena asintió y lo cogió. Thorne Whalis era un antiguo amigo de su padre, con el que había compartido más de una investigación.

—¿Dónde lo encontraré? —preguntó la joven, mientras metía en una mochila todo su equipo de viaje.

—En Eola... o en Tasoá. Estará en una de las dos capitales.

El rugido de unos violentos golpes en la puerta de entrada atravesó la casa y se coló en el dormitorio de Lena.

—Viaja escondida en alguna caravana que vaya hacia el norte —continuó su padre—. Ah, y toma.

Su padre le ofrecía también su pistola de energía, un prototipo que él mismo había creado y perfeccionado. Lo cierto era que no había muchas armas como aquella en Tierra Conocida. La joven la tomó con seguridad, se la abrochó a la cintura y la ocultó bajo su cazadora.

—Y tú, papá...

—Yo les entretendré todo lo que pueda.

Su padre se dispuso a salir de prisa de la habitación, pero se detuvo un instante:

—Sal por el patio, trepa hasta el tejado y escabúllete en la oscuridad. El proyecto debe terminarse.

Lena descendió con su padre a toda prisa. Mientras el hombre se colocaba tenso frente a una puerta que parecía a punto de ceder bajo los sonoros golpetazos, la muchacha abrió la ventana que daba al patio y abandonó la que había sido su casa desde que nació. En vez de trepar, tal y como le había dicho su padre, se mezcló con la penumbra y, oculta, presencié la escena que se desarrollaba en el interior.

Desde la esquina de una de las ventanas podía ver la destartada cocina, el pasillo y la entrada de la casa. Allí su padre abrió finalmente la puerta y dos individuos con el uniforme oscuro de los Ultravioletas irrumpieron con violencia en la vivienda, empujándolo hacia atrás. Atravesaron el umbral sin miramientos, seguidos de un tercer hombre más calmado que vestía un elegante traje negro y una gabardina. Su cara estaba adornada por unas pequeñas gafas redondas y su pelo cano había sido peinado hacia atrás cuidadosamente.

Los guardias agarraron a su padre por el cuello. Lena vio cómo lo golpeaban y lo hacían arrodillarse mientras el hombre de los anteojos formulaba una pregunta tras otra, que Ferren se negaba a contestar. Un vendaval de golpes hizo parecer a su padre un hom-

bre débil y asustado, mientras su cara se hinchaba y se amorataba. Un reguero rojo manaba de su labio y sus gafas se habían hecho añicos contra el suelo.

Lena no pudo seguir viendo aquello. Trepó, con lágrimas en los ojos, por una de las cañerías del patio hasta llegar a la parte superior del pequeño edificio, y desde allí avanzó por las azoteas dejando atrás su calle. Los sentimientos se arremolinaban en su interior y un grito de impotencia parecía querer atravesar su garganta, pero se contuvo.

Su casa formaba parte de una larga hilera de edificaciones de altura similar, con lo que la muchacha podía pasar de azotea en azotea sin mucho esfuerzo. Avanzó entre los paneles solares y las instalaciones eléctricas, tratando de no tropezar. Pero sobre todo tratando de no pensar en lo que dejaba atrás.

Cuando estuvo a una distancia prudencial se volvió y vio en la lejanía el que ya nunca más sería su hogar.

Lloraba, pero no podía detenerse. El murmullo sus miedos y ansiedades solo era acallado por la determinación de cumplir con que su padre le había pedido. La joven era muy consciente de lo importante que podía llegar a ser.

Secándose los últimos surcos de lágrimas, descendió por una pila de cajas y se perdió entre las callejuelas de Ástar, la Capital de las Tierras Solares.

Debía de ser ya medianoche, pero la ciudad no dormía. La muchacha se encontraba en algún lugar del Distrito de la Luz y, tal y como le había dicho su padre, debía llegar hasta el linde entre los dos distritos, donde se encontraba el mercado. Quizá, con suerte, algún mercader aceptaría sacarla de la ciudad a cambio de algunas *cupras*.

Ástar era la única de las cuatro capitales del continente que tenía dos Señores, cada uno al mando de uno de los dos distritos que la conformaban. El Distrito de la Luz y el Distrito del Calor, dife-

renciados por la manera en la que los ciudadanos recogían energía solar, que era escasa por culpa de la densa capa de contaminación que cubría el cielo.

Lena se hizo una rápida trenza y la escondió bajo el pañuelo que llevaba atado al cuello. A pesar de ser tarde aún había gente, y antes de mezclarse con las calles quiso evitar que su largo cabello rubio llamara demasiado la atención. Quizá aún no hubiera una orden de detención contra ella, pero no tardaría.

A medida que se acercaba al mercado, iba dejando atrás barrios de toda clase. Algunos más cuidados y pudientes, como en el que ella vivía, y otros donde la miseria más absoluta asomaba detrás de cada esquina. Pero todos impregnados por igual de una atmósfera lúgubre y decadente, en la que los cientos de miles de paneles fotovoltaicos eran el único elemento constante, de todas las formas y tamaños. Incluso había algunos paneles descomunales que se alzaban para recoger la energía de un bloque entero de pisos o de algún pequeño agrupamiento de edificios. El Sol era su energía, y también el eje de la fe de muchos de los ciudadanos de Ástar.

Tras media hora larga de caminata, y habiendo esquivado a dos patrullas de la Guardia de la Ciudad, la joven finalmente dio con el muro que separaba los dos distritos. Para llegar hasta el mercado únicamente tuvo que seguir aquella frontera divisoria: el gran edificio se encontraba en el centro de la ciudad, y era el único lugar en el que los ciudadanos de uno y otro distrito coincidían.

Cuando la joven llegó, encontró la zona abierta al público casi desierta. Aquel colosal edificio circular abría durante el día, por lo que, por la noche, solo había mercaderes recogiendo sus enseres o trabajadores que habían terminado su jornada laboral demasiado tarde. El lugar aún desprendía un olor a sudor seco y especias. La muchacha bordeó la pared exterior de la construcción hasta llegar a la gran puerta trasera, en la que los comerciantes guardaban su mercancía y desde donde partían a los confines más recónditos de Tierra Conocida. Lena buscó hasta encontrar un pequeño agujero

en la alambrada exterior, a través del que se coló, y después saltó el muro que aislaba aquella zona del mercado.

Pudo escalar por él sin dificultades porque los muros que dividían la ciudad no se utilizaban como medida de restricción; al contrario, nadie quería saltar al distrito adyacente. Existían únicamente porque una parte de la ciudad no quería ver ni saber nada de la otra. Como dos incómodos vecinos destinados a convivir.

Lena travesó una explanada en la que había hileras de comerciantes que llegaban o marchaban. Se unió sigilosa a una caravana que se adentraba en el edificio a través de dos arcos redondeados muy altos, llegando a un hangar descomunal, que a diferencia de zona destinada al comercio, estaba muy concurrida. De pronto se vio a sí misma ante una gran cantidad de viajeros y mercaderes que deshacían o empacaban su equipaje. El bullicio era hipnótico.

«Ahora solo debo encontrar una forma de salir de aquí», pensó la muchacha.

Esloan

—¿Cuánto por las baterías? —preguntó el mercader. Las gotas de sudor le caían por la sien mientras trataba de negociar un buen precio.

—¿Cuántas quieres? —preguntó Ban Gould escudriñándolo con la mirada.

No estaba dispuesto a venderlas por menos de cinco monedas de cobre cada una. El mercader y él habían intercambiado ya una chaqueta de cuero desgastada por un bote de escarabajos de las dunas, pero desde un principio Ban había sospechado que lo único que quería aquel hombre era su preciado botín.

—Me llevaré cinco de las pequeñas y una de las grandes —le dijo el mercader. Llevaba un turbante y sudaba mucho; pero dado el asfixiante bochorno, no era para menos.

—Dudo siquiera de que te alcance para pagar una de las pequeñas —le replicó Ban, muy hosco. Empezaba a detestar a aquel hombrecillo de ropas holgadas.

El mercader se dio media vuelta y registró sus pertenencias en busca de su bolsa de monedas. Su carro estaba lleno de chatarra, antiguas telas, pieles y trastos de todas las formas y tamaños. Cuando por fin dio con su monedero, el hombre se giró hacia Ban y lo zarandó en el aire. El pequeño saco tintineó en sus manos.

—Puedo pagarte bien —dijo el mercader—. Te ofrezco doce monedas de cobre por las seis baterías.

—¿Tengo cara de estar recolectando baterías por primera vez? —replicó Ban—. Por diez monedas puedes llevarte dos de las pe-

queñas. Y tienes suerte de que te las venda, en cualquier capital me pagarán casi diez *cupras* por cada una.

—Está bien, está bien —cedió el mercader—. Escucha mi última oferta.

Ban hizo un sutil gesto de aprobación con la cabeza mientras lo miraba con cierto hartazgo bajo el ala de su sombrero *pork pie* marrón oscuro desgastado. Tenía ganas de reanudar la marcha, aún le quedaba un largo camino hasta Eola, la Ciudad del Viento.

—Te ofrezco diez monedas de cobre y un artículo de mi carro a cambio de tres baterías pequeñas.

Ban dudó. Muchas veces aquellos chatarreros eran unos ignorantes y eran capaces de dar con algo muy valioso sin darse cuenta. A pesar de que aquel parecía bastante avisado, el hombre accedió: quizá encontrara algo de valor entre toda aquella chatarra amontonada.

El recolector descolgó su mochila del hombro, buscó en el interior y le entregó las tres baterías al hombrecillo de piel oscura, que le dio las monedas de cobre a cambio y le hizo un gesto exagerado con el brazo mientras hacía una reverencia, en ofrecimiento de la mercancía que llevaba en su carro oxidado.

Ban se acercó con curiosidad. Aquello parecía un desguace, pero afinó su vista tratando de dar con algo útil.

Vio munición, unos libros antiguos, una sombrilla, un motor que parecía averiado y hasta el palo de una escoba. Pero entre todos aquellos artilugios llamaron su atención unas pequeñas células fotovoltaicas que parecían en buen estado y un poncho de tela con capucha, impermeable por dentro.

—Me llevaré el poncho y las células solares —la mirada del mercader se endureció y Ban modificó el trato sobre la marcha. Quería aquellos dos objetos—. Y añadiré otra batería al intercambio.

El mercader sonrió, asintió, y agachó mucho la cabeza para demostrar que el trato era satisfactorio.

A Ban le sorprendía cómo los mercaderes eran capaces de sobrevivir a aquellas duras estepas repletas de saqueadores y rateros.

Pero estaba claro que tenían sus métodos, ya que seguían con vida y conservaban la mercancía.

Con las monedas de cobre en su cartera de cuero, Ban reemprendió la marcha. El calor parecía volverse cada vez más sofocante en aquella zona tan al sur, cercana al límite entre las Tierras Solares y el Reino del Viento. Ban miró al cielo pardo mientras daba largas zancadas a través de aquel páramo estéril. Las nubes de polvo y contaminación eclipsaban notoriamente el sol, como un gran velo sucio y roñoso.

Había dejado atrás la última población hacía ya casi dos semanas y necesitaba dar cuanto antes con otra. La comida le empezaba a escasear, y mucha parte de su equipo necesitaba energía eléctrica para seguir funcionando. Volvió a oscurecer sin rastro alguno de civilización en el horizonte, por lo que acampó cerca de una loma maldiciendo su suerte entre dientes.

A pesar de que la estación fría estaba a punto de llegar, la cálida aún se hacía notar con intensidad, y por las noches aún no refrescaba demasiado. Ban cenó algo de carne que calentó en un diminuto horno y durmió al raso, con la cabeza apoyada en su mochila y su mano cerca de la pistola.

A la mañana siguiente, antes de reemprender la marcha, comprobó en un pequeño mapa el rumbo a seguir. Cuando estuvo seguro de que había dado con la dirección correcta, anduvo durante media jornada con paso ligero hasta que finalmente divisó, a lo lejos, un conjunto de pequeños edificios desde los que sobresalían grandes molinos de unos veinte metros.

Aquellas estructuras revelaban que Ban se encontraba ya en el Reino del Viento, y que había dejado definitivamente atrás las Tierras Solares. El recolector de baterías se dirigió hacia el pueblucho con impaciencia.

Y su sorpresa fue notoria al llegar allí.

A pesar de que las aspas de algunos de los molinos giraban generando electricidad, las calles estaban totalmente desiertas, y la

mayoría de las residencias tenían las puertas y las ventanas tapiadas con grandes maderos o trozos de chapa. El silencio, solo interrumpido por el crujir de la madera expandiéndose y el traqueteo de las pesadas aspas que aún giraban, generaba una calma densa y artificial. Ban se preguntó si las casas y los molinos estarían abandonados o si, por el contrario, estaba siendo observado. Se tensó y apoyó la mano en su arma.

Siguió caminando con mucha cautela hasta el único edificio que no estaba envuelto en un forraje de madera y acero, justo en el centro del pueblo. Con tres alturas y unas grandes puertas negras abiertas de par en par, Ban intuyó que algo no iba bien. Desenfundó su arma con movimiento rápido y preciso.

Atravesó el umbral con el arma en alto, accediendo al que sin duda sabía que era el ayuntamiento de la diminuta urbe. Pero en cuanto puso un pie en el interior, sintió cómo muchos ojos lo escudriñaban.

—Baja el arma, extranjero —dijo una voz masculina desde la sombra—. ¿Quién eres y qué has venido a hacer a Esloan?

Aquellas palabras sonaron como una amenaza.

—Nada malo, si es lo que os preocupa —respondió enfundando muy despacio y alzando las manos. Estaba seguro de que había más de un cañón apuntando directamente a su cabeza. No era la primera vez—. Soy un recolector de baterías que va camino de Eola, nada más.

Ban sabía que, con aquellas botas altas, aquellos pantalones de tela y su gastada chaqueta de cuero, podía parecer un saqueador. O algo peor.

—¿Puedes demostrar que dices la verdad? —inquirió la voz.

—Mirad, solo quiero algo de comida y recargar mis equipos para el viaje. Cuando lo haya hecho, me iré sin causar problemas —aclaró, con la voz más amistosa que tenía. La cordialidad no era su mejor arma.

—Venía solo Lenny, le he seguido la pista desde que ha aparecido en el horizonte esta mañana.

Una voz llegaba desde un piso superior. Los ojos de Ban se iban acostumbrando a la penumbra, y comenzó a distinguir hombres y mujeres apostados detrás de barricadas improvisadas con fardos, muebles o viejos bidones.

—Está bien —dijo la primera voz. Un hombre chaparro con la barba y el pelo canosos emergió de detrás de las barricadas al encuentro del forastero. Era robusto, y sus mejillas lucían coloradas por el calor y la tensión—. Me llamo Lenny, y soy el alcalde de Esloan. Bueno, de lo que queda de Esloan. Este pueblo hace mucho que dejó de ser un lugar seguro.

Una veintena de personas se unieron entonces a Lenny, saliendo muy despacio de las sombras de aquel gran vestíbulo, en señal de bienvenida. Ban observó cómo entre ellos había hombres y mujeres de todas las edades, e incluso niños. Y todos iban mejor o peor armados.

Lenny y una decena portaban armas de fuego, mientras los demás se valían de cuchillos, azadas o tridentes. Una mujer joven de pelo oscuro rizado se plantó con su rifle muy cerca de Lenny.

—Están siendo días difíciles —prosiguió el alcalde, mirando al recolector a los ojos—. Ethan y sus chicos vienen cada pocos días, y nos roban o nos saquean.

—¿Son ladrones? —preguntó Ban—. ¿Qué se llevan?

—De todo: las pocas baterías que nos quedan, comida, agua o reliquias familiares... En alguna ocasión incluso han venido, han destrozado algo y se han ido. Como habrás podido comprobar ya apenas ningún molino funciona, y no tenemos electricidad para bombear agua. Casi no nos quedan ya reservas para nuestro consumo, y mucho menos para cultivar. No podíamos seguir así, y Esloan ha tomado una decisión. La próxima vez que vengan lucharemos contra ellos. Por el Viento juro que plantaremos cara y no huiremos.

Los lugareños asintieron y jalearon las palabras de su alcalde. Ban ya había escuchado lo suficiente como para atar todos los cabos.

—No son ladrones —aseguró—. No quieren robaros, quieren echaros de aquí.

—¿Echarnos? —preguntó un muchacho espigado que llevaba unos binoculares al cuello y un machete colgado de la cintura—. ¿Por qué iban a querer eso?

Ban carraspeó buscando las palabras adecuadas. Pobre gente.

—Vivís en la frontera entre el Reino del Viento y las Tierras Solares. Estoy seguro de que los Señores del Sol están pagando a esos forajidos para anexionar estas tierras a sus dominios.

—¡Pero nuestro pueblo lleva siglos perteneciendo al Reino del Viento! —protestó una mujer armada con un fusil.

—Es probable que sepan que contáis con acceso a agua subterránea y querrán apropiarse de vuestras tierras. Así de sencillo.

Las disputas territoriales eran comunes entre los grandes Señores, Ban lo sabía bien. Aunque siempre las disfrazaban de reyertas y saqueos ajenos a su control, que no afectaran a la diplomacia entre los territorios.

—Pues no se lo permitiremos —se exaltó Lenny—. La próxima vez que vengan...

—Os matarán a todos —dijo Ban con frialdad—. Han intentado echaros por las buenas y no lo han conseguido. La próxima vez no vendrán a robar o destrozar molinos de viento. Vendrán a por vosotros.

El silencio cayó como un pesado telón sobre los corazones envalentonados de aquellos ciudadanos. Como si la resistencia armada hubiera dejado de ser de pronto la mejor opción.

—Ayúdanos —le dijo Lenny, señalando las armas de Ban—. Nadie llevaría un rifle tan bueno sin saber utilizarlo. Ayúdanos y te pagaremos bien.

—¿Ayudaros? —dijo el recolector.

De pronto le invadió aquella maldita sensación otra vez, casi hasta ahogarle. Una necesidad de oscuras raíces.

—Si nos ayudas repararemos tu equipo. Y te compensaré con mi Motor de Arena, totalmente cargado —ofreció Lenny. Aquellas últimas palabras sonaban a súplica.

Los Motores de Arena eran vehículos adaptados a la estepa, con cuatro ruedas y sitio para un conductor y un acompañante. Era una oferta interesante, pero lo cierto era que Ban había tomado su decisión antes de escucharla.

—Os ayudaré —dijo con el semblante serio, mientras todos los ciudadanos de Esloan aplaudían o le daban palmaditas en la espalda.

La gente de aquel pequeño pueblo del Reino del Viento resultó ser muy hospitalaria. Todos se habían atrincherado en el Ayuntamiento, abandonando sus casas. Se las habían arreglado para llevar hasta aquel refugio los cables de la energía eléctrica que generaban los molinos aún activos. Allí la utilizaban para la luz, para cocinar o para extraer agua de vez en cuando con la bomba hidráulica del pozo del sótano.

Pero tal y como había dicho Lenny, ya casi no generaban electricidad suficiente como para que la bomba funcionase muchas horas al día, y el agua que extraían era escasa.

A Ban lo acomodaron en una estancia de la parte superior, en la que había una cama y un pequeño escritorio de madera. Le trajeron comida y agua, y se preocuparon por que estuviera lo más cómodo posible.

El viajero pudo recargar su pequeño horno, un comunicador a distancia que siempre llevaba consigo, alguna pequeña luz portátil, la mira eléctrica de su rifle, el potabilizador de agua, el detector de toxinas y la máscara de ácido. Pequeños instrumentos electrónicos que podían significar la diferencia entre la vida y la muerte para un viajero que se exponía a los páramos.

Las baterías que había recolectado no se cargaban, ya que eran antiguas y en el mercado valían mucho como reliquias o por el material que tenían en su interior: el litio.

Transcurrieron tres días sin incidentes. Ban ayudaba a las gentes de Esloan con las pequeñas tareas del día a día; labrando un pe-

queño trozo de tierra bajo una tejavana del que apenas salían unos tubérculos escuálidos, alimentando al poco ganado que estaba a salvo en los sótanos del ayuntamiento o mejorando las defensas para cuando Ethan y sus hombres llegaran. Tapió ventanas, levantó barricadas e incluso ayudó a una joven a construir un improvisado arco con sus correspondientes flechas. Muchos de ellos rezaban al Viento, pidiéndole clemencia y fortuna.

El arrojo y la valentía de los escasos habitantes de Esloan sorprendía de forma genuina a Ban. Lo más probable era que ninguno hubiera entrado en batalla en toda su vida, y aun así ardían en deseos de defender lo que consideraban su hogar.

Un hogar. Al viejo recolector se le hacía difícil empatizar con ellos, ya que nunca había sentido ningún tipo de arraigo por ningún lugar de Tierra Conocida. Incluso en las ocasiones en las que había pasado un largo periodo en alguna ciudad, el miedo le había hecho lanzarse a los páramos una vez más, a vagar entre las llanuras o las escarpadas cordilleras. No era seguro para él exponerse a las miradas de un mismo lugar demasiado tiempo.

Durante la noche del tercer día, Ban se encontraba tomando un whiskey junto a Lenny en la barra de la taberna que el ayuntamiento tenía en la parte trasera de la planta baja. Era un modesto bar con unos cuantos taburetes de madera oscura. Ban se preguntó de qué tipo de plantación artificial procedería aquel material.

—Deberíamos esperar a que traten de abrir las puertas y entonces tenderles una emboscada... Aunque una ofensiva sorpresa en las calles del pueblo tampoco sería una mala opción.

«La gente te sigue, viejo», pensó Ban. «Espero que no los estés llevando a la muerte».

Ban se dio cuenta de que él también seguía a Lenny, y que posiblemente tendría las mismas posibilidades de morir que cualquiera de sus conciudadanos.

Y aquello le hizo gracia.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lenny sin entender la sonrisa burlona de su invitado—. Hay mucho en juego.

Un silencio áspero se interpuso entre los dos.

—Nada más y nada menos que un Motor de Arena —dijo Ban en un tono distendido, observando cómo la tensión se desvanecía del rostro de Lenny, intuyéndose ahora una vaga sonrisa en su rostro—. Les haremos frente, no te quepa la menor duda.

Bebieron de sus vasos al mismo tiempo.

—¿Qué hace alguien de tu edad recolectando baterías? —preguntó Lenny mirando el contenido de su vaso—. ¿No vivirías más tranquilo siendo un destilador de hidrógeno o un granjero del viento?

La pregunta incomodó al invitado. Las arrugas de su rostro, y las numerosas canas en su cabello y en su barba delataban su edad. A veces, él se olvidaba de que ya no era joven, pero el mundo no dejaba de recordárselo.

—No me gusta estar parado —dijo Ban con voz roca—. Solo eso.

—Apostaría mi cabeza a que no has sido toda tu vida un recolector —dijo Lenny, insistiendo de forma un tanto atrevida—. ¿Acaso me equivoco, hombrecillo de los páramos?

Ban no contestó. Dejó que el silencio se colase en la taberna y la inundase otra vez como una densa miel. Pero antes de que Lenny tuviera tiempo de sentirse incómodo, una campana repique-teó sonoramente. Al instante comenzó a escucharse un alboroto creciente tanto en las estancias adyacentes como en las superiores.

—Es la señal —dijo el viejo alcalde, mirando de pronto a Ban con determinación, y dejando el vaso que contenía la bebida espirituosa con mucha suavidad sobre la barra—. Vamos, forastero, gánate tu Motor de Arena.

Sin retorno

—Por allí, los he visto justo detrás de aquella colina —dijo el muchacho, señalando con el dedo hacia el suroeste.

El joven espigado y con la cara marcada por un intenso acné ofreció sus binoculares a Ban, quien los aceptó de buen grado. Gracias a la visión nocturna de aquel instrumento pudo distinguir tres deslizadores acercándose a toda velocidad hacia Esloan. Eran transportes sofisticados y caros, con lo que la teoría de Ban de que había alguien financiando a aquellos rateros se confirmaba por momentos.

Ban, Lenny y el muchacho que hacía las veces de vigía estaban apostados en el tejado del ayuntamiento, observando cómo los deslizadores estaban cada vez más cerca. Como el resto de las noches, el mundo era un oscuro agujero sin estrellas. Si no hubiera sido por las luces estratégicas que los habitantes de Esloan habían colocado a lo largo del pueblo, Ban no alcanzaría a verse ni su propia mano.

Ante el inminente asalto, los dos más mayores debatían sobre cómo organizar las defensas. El chico mientras tanto escuchaba con atención.

—Conocemos estas tierras mejor que ellos, deberíamos plantarles cara en nuestras calles —decía Lenny exaltado.

—No puedes exponer a todo tu pueblo de esa forma —advirtió Ban—. Si cunde el pánico entre tu gente, se dispersarán, y el combate se convertirá entonces en una cacería.

Lenny se acarició la barba en signo de preocupación. Era un hombre chaparro, cuyos atuendos desgastados de granjero de los

páramos no le conferían demasiada credibilidad militar. Pero portaba con orgullo su rifle colgado a la espalda, igual que Ban. Solo que el arma de Lenny era antigua, y se usaba para cazar bestias, mientras que el del recolector estaba diseñado para matar personas. Ban prosiguió hablando, como si estuviera pensando en voz alta.

—Podríamos aprovechar la oscuridad de las calles para lanzar una pequeña ofensiva. Bajaré yo y acabaré con alguno antes de enfrentarnos a ellos en el ayuntamiento.

—Si tú vas, nosotros vamos contigo —insistió Lenny—. No voy a permitir que un extraño dé la cara por mi pueblo.

A Ban le cansaba un poco el arrojo de Lenny. El recolector sabía mejor que nadie que no había honor en la guerra, que al final solo se trataba de sobrevivir. Finalmente cedió por no seguir escuchando al alcalde; cinco de los mejores tiradores bajarían con Ban a las calles, mientras los demás esperaban en el ayuntamiento.

—Ya están llegando —dijo el muchacho mirando a través de los prismáticos—. Pronto saldrán de los deslizadores, deberíamos bajar.

Ban volvió a solicitar los prismáticos al joven, que se los cedió al instante. A través de ellos vio cómo una quincena de saqueadores y mercenarios bien armados salían de los vehículos entre risas.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —dijo Ban.

Cuando descendieron al interior del edificio, se encontraron a todo el pueblo con el corazón en un puño. La tensión que había en el ambiente se reflejaba en todas y cada una de las caras de los lugareños. Asustados, sí, pero allí estaban: medio centenar de almas, todos armados con lo que tenían y dispuestos a entrar en combate.

No hubo tiempo para discursos sobre el futuro de Esloan, sobre la fe en el Viento o sobre cómo no ceder ante los partidarios del Sol. Solo un par de palabras y los tiradores ya estaban agazapados en la oscuridad del exterior, como depredadores apostados a la entrada de la calle principal, tras los edificios o algunas improvisadas barricadas.

Era una noche templada, pero, a pesar de la calma que había en su interior, Ban sudaba. Una suave brisa movía los aerogeneradores invitando a una engañosa calma que estaba a punto de hacerse añicos. Lenny hizo un gesto señalando hacia el fondo de la diminuta avenida, a través de la cual se acercaban, despreocupados, catorce jóvenes vestidos con atuendos que los delataban como saqueadores.

—Sus armas... —susurró Lenny un tanto impresionado.

Trató de ocultar el miedo, pero Ban lo detectó como los lobos detectan la sangre. Sabía que mostrar debilidad en los páramos podía significar la muerte.

Ban no le contestó. Simplemente, encendió su mira y apuntó a los recién llegados. A través del sofisticado aparato pudo distinguir rifles, una ametralladora, porras electrificadas y alguna escopeta. Nada bueno.

—A mi señal, abrid fuego —susurró Ban, sin apartar el ojo de su arma—. Y después de disparar corred al ayuntamiento.

Los ciudadanos asintieron. Ban no supo con qué grado de precisión podrían apuntar los hombres y mujeres en las noches densas de Tierra Conocida. Las luces que habían colocado ayudaban, pero también creaban extraños juegos de sombras que desorientaban un poco a los combatientes.

Sus enemigos venían hacia ellos. Risas. Comentarios groseros. «No estamos aquí para jugar, niñatos».

—Ahora.

El sonido de los disparos cortó la noche, sorprendiendo a los recién llegados. Dos se desplomaron sin vida en el suelo, mientras un tercero se llevaba la mano a la pierna entre alaridos, tratando de taponar un importante agujero.

Los ciudadanos echaron a correr en dirección al refugio. Los bandidos respondieron al fuego con gritos y con una retahíla de disparos en todas direcciones. Ban seguía en su posición.

Cuando el fuego cesó el recolector aprovechó para realizar dos disparos consecutivos: rodó por el suelo emergiendo de su escon-

dite y en cuestión de medio segundo apretó el gatillo dos veces. Dos jóvenes cayeron hacia atrás, sin vida, con un agujero entre los ojos.

Ban abandonó su posición como un fantasma, mientras dejaba atrás otra ráfaga de balas y una decena de maldiciones y alaridos.

Uno de los muchachos fue hasta los deslizadores y cogió unos potentes focos para las armas de los nueve mercenarios que seguían con vida. El de la herida en el muslo ya no se movía.

«Ya hemos hecho lo fácil», pensó Ban mientras llegaba al improvisado cuartel. Allí se encontró a los ciudadanos defendiendo pequeñas saeteras abiertas en las paredes, mientras los otros esperaban más adentro, con sus armas cargadas. Aferrados al coraje como única salida.

—Se acercan —susurró una voz desde lo alto de las escaleras. Era el muchacho de los binoculares, que estaba siguiendo los pasos de los indeseados invitados.

Todos los habitantes de Esloan guardaron un silencio tenso y sepulcral. Dentro de aquella gran habitación solo se escuchaban respiraciones agitadas o pequeños crujidos de la madera del suelo o de los toneles de las barricadas. Todos pudieron distinguir los haces de luz de los focos colándose a través de los travesaños y tablones de una de las paredes laterales, dibujando extrañas formas sombrías en la pared opuesta. Unos amortiguados pasos bordearon el edificio hasta llegar a la parte delantera.

—¡Sabemos que estáis ahí dentro! —gritó entonces la voz de un hombre desde el exterior.

Ban no tenía a nadie a tiro. El agujero que había escogido estaba demasiado esquinado, y los enemigos se acumulaban en el extremo opuesto de la fachada. Una pena, porque el recolector se moría de ganas de acallar aquella voz aguda y molesta.

—Me da igual si salís o no por vuestro propio pie —prosiguió quien Ban dedujo que sería Ethan—. ¡Hoy Esloan amanecerá repleta de cadáveres!

Los oídos de Ban entraron en alerta, filtrando más allá del discurso que reclamaba la atención. Un suave pitido, casi imperceptible, se colaba a través de las paredes de la fachada. Un zumbido extrañamente familiar...

—¡Todos atrás! —gritó Ban, comprendiendo lo que pasaba—. ¡Alejaos de la pared!

Algunos de los lugareños le hicieron caso, pero otros no tuvieron tiempo de reaccionar. La parte central de la fachada del primer piso saltó por los aires. Ban pudo apartarse y alcanzar una de las barricadas. Los maderos y trozos de chapa volaban por los aires, ardiendo. Algunos habitantes del pueblo agonizaban mientras otros yacían inmóviles.

El ataque no se detuvo ahí, instantes después de la explosión irrumpió en el vestíbulo del ayuntamiento una balacera que cayó sobre los ciudadanos como la ácida lluvia de los páramos. Muchos se escondían detrás de los barriles, o rezaban al Viento, desesperados. Los tiradores que habían sobrevivido a la explosión devolvían las balas, pero con escaso acierto.

Ban estuvo seguro de haber acabado con dos de ellos, pero las ráfagas continuas de los proyectiles le complicaban seguir acertando.

A pesar de que las gentes de Esloan se protegían como podían, alguna bala caprichosa atravesaba una barricada y se colaba en las tripas de algún desgraciado.

«Van a morir todos», se lamentó Ban.

Entonces vio claramente a Lenny, apoyado contra un muro de sacos, con un reguero de sangre que le bajaba por la comisura de los labios y se perdía en su barba. Lenny bajó la mirada hacia su mano, demasiado exhausto como para alzarla. Cuando repitió el movimiento de ojos, Ban pudo observar cómo en su puño se cerraba en torno a un zumbador redondo y esférico, del tamaño de una pequeña manzana plateada.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Lenny lo hizo rodar a través de la habitación hasta la posición de Ban, que se deslizó para recogerlo.

«Maldito viejo, tenías un plan».

El recolector activó la granada y la lanzó al exterior, a través del boquete en la pared.

Antes de que ninguno de los mercenarios se diera cuenta de lo que ocurría, un estallido sordo y un fognazo llegaron desde el exterior.

—¡Ahora! —gritó Ban desfundando la pistola y corriendo hacia el exterior.

Su acción inspiró coraje a los hombres y mujeres de Esloan, que le siguieron hasta el pequeño cruce que había frente a la fachada.

Allí fuera, los mercenarios se tapaban los ojos mientras disparaban al aire, desorientados. Alguno incluso chillaba por culpa del dolor ocular que le había causado el intenso destello. El diminuto ejército de granjeros cayó sobre ellos sin piedad. Como si de una práctica de tiro se tratase, Ban terminó con tres de ellos. El combate finalizó en cuestión de segundos.

A pesar de la victoria y de la euforia tras la batalla, la salida del sol devolvió a los ciudadanos a la ineludible realidad. Un desolador panorama tomó forma con los primeros rayos de luz. Esloan había sufrido muchas bajas, quizá más de las que se podía permitir. Dieciséis ciudadanos habían perdido la vida en el enfrentamiento.

—Recoged a vuestros caídos y abandonad este pueblo —dijo Ban, caminando a través del silencioso campo de batalla, y deteniéndose justo donde yacía el cuerpo sin vida de Lenny—. Huid de este pueblo en los deslizadores, y comenzad una nueva vida.

El muchacho espigado del acné y la mujer joven de cabello oscuro y rizado estaban con él, haciendo balance de lo ocurrido.

—Mi padre creía en este lugar. Creía en que el Viento nos protegería y en que Esloan resistiría... —La mujer parecía haber asumido el mando tras la muerte su padre, el antiguo alcalde. Trataba de aparentar seguridad, pero sus ojos parecían hundirse por momentos en un mar de tristeza.

—Y ha resistido. Pero Lenny ya no está—dijo Ban. Fue demasiado brusco, y se dio cuenta—. Volverán peligros aún mayores hasta que este pueblo forme parte de las Tierras Solares. Estos rateros no eran profesionales; cuando vengan soldados será mucho peor.

—Podríamos pedir ayuda al Señor del Viento, si mandamos un mensaje... —comenzó a decir el joven tratando de no ceder ante lo inevitable.

—Antes de que el mensaje llegue a su destino, no quedará nada de vosotros. Marchaos. Es la única forma de que mantengáis lo poco que queda de pueblo con vida. Habéis demostrado valor, y a los Señores del Sol les ha salido caro echaros de aquí. Habéis honrado la memoria del Viento, la de vuestro pueblo y la de Lenny. Pero ahora ha llegado el momento de ser pragmáticos.

El resto de la jornada transcurrió silenciosa mientras las gentes de Esloan quemaban a sus caídos y lanzaban sus cenizas al viento en una sencilla ceremonia a las afueras de la población. Ban ayudó a los supervivientes a empaquetar todas sus pertenencias y fardos de viaje. Antes de que la noche cayera se despidió de sus compañeros de batalla.

—Temo por ellos —le dijo la nueva alcaldesa del ahora errante pueblo de Esloan, mientras observaban cómo comenzaba la marcha—. Tengo miedo de no poder protegerlos. De que nunca encontremos un sitio en el que vivir y volver a ser felices.

Las caras tristes evitaban mirar atrás para no romperse en pedazos. Habían perdido familiares y amigos en la batalla, y todo para no haber podido conservar su hogar.

—Nada es justo, nunca —dijo Ban—. Pero hacemos lo que podemos para seguir. Tu pueblo encontrará su lugar, estoy seguro. Tu padre así lo querría.

La mujer asintió, con lágrimas en los ojos.

—El Motor de Arena está en el sótano de nuestra casa —dijo, arrojándole unas pequeñas llaves magnéticas que el hombre cogió

al vuelo—. Es la del tejado con la veleta plateada. Gracias por tu ayuda, recolector.

Ban asintió con la cabeza y allí de pie, a las afueras del abandonado pueblo de Esloan, observó cómo sus habitantes marchaban con paso lento y apesadumbrado hacia el horizonte. Algunos caminando y los más mayores o los heridos dentro de los deslizadores de los mercenarios, que avanzaban suspendidos por encima del suelo. Con pocas o ninguna esperanza, pero aun así mirando con orgullo hacia delante.

El hombre del sombrero oscuro dio media vuelta y se internó en las calles desiertas. Atravesó el triste silencio del pueblo hasta que dio con la que había sido la casa de Lenny y su hija. Era igual que las demás, de madera y con remaches de metal, pero destacaba por una bonita y grande veleta plateada que descansaba en la parte más elevada del tejado. Detrás del pequeño edificio había un gran aerogenerador blanquecino, que giraba lentamente.

Ban dio un rodeo buscando la entrada al sótano por la parte posterior. Allí, en el suelo, había dos grandes puertas que el hombre abrió con una de las llaves magnéticas que acababa de recibir. Los portones se deslizaron hacia los costados, revelando una rampa que descendía hasta una planta baja en penumbra. Tras buscar los interruptores y comprobar que no había energía, encendió uno de sus focos de mano y pudo ver la chatarra que ahora era de su propiedad.

El recolector se encontraba ante un antiguo vehículo de cuatro ruedas y capacidad para dos pasajeros. El Motor de Arena tenía una cabina central donde había dos asientos uno al lado del otro (una configuración poco común), y de la cual salían cuatro patas con cuatro ruedas en los extremos. Ban comprobó el estado de los neumáticos, el de los amortiguadores, las estructuras y el depósito de hidrógeno. Todo parecía en buenas condiciones.

Se sentó en el asiento del conductor dejando su rifle y su mochila en el asiento contiguo. Conectó la llave y el aparato rugió.

La silueta de un Motor de Arena abandonaba el esqueleto vacío de un pueblo, dejando atrás edificios huecos y catorce cadáveres de mercenarios colgados de lo más alto del ayuntamiento. Los cuerpos, que se mecían al viento, recordarían a los futuros visitantes que Esloan no se había rendido.